

## NOTAS SOBRE LA CONCEPCIÓN CRISTIANA DEL TIEMPO

**Gilberto Harris Bucher**

*Magister en Historia por la Universidad de Playa Ancha. Profesor en la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso.*

Como todos ya sabemos, sólo en aquellas sociedades que ostentan una concepción lineal de la historia, los hombres se hacen responsables de su presente, y en las cuales el pasado llega a constituirse en un presente que no puede ser nuevamente, ya que el pasado en cuanto a realidad se pierde inexorablemente: «lo que hasta poco era futuro es ahora presente. Pero tampoco es ya presente, pues se ha convertido en pasado»<sup>1</sup>. Mas, no siempre ha sido así, puesto que en las sociedades primitivas fue patente la creencia en la existencia de un tiempo dorado y magnífico —en el que no existía la desgracia ni el sufrimiento—, y en las cuales los arquetipos y la repetición se constituyeron en los instrumentos vitales para rechazar las secuencias lineales y la idea de progreso<sup>2</sup>. Por lo mismo, la existencia humana iba

---

<sup>1</sup> C-M. HEDWING, *El tiempo*, Madrid 1958, 15.

<sup>2</sup> Si bien es cierto de que cada una de las etapas históricas implica un derrumbamiento, la historia en sí consiste en un continuo progreso irreversible.

atada a un *fatum* que cobraba realidad en cuanto tanto retrocedía a un prototipo eterno –siempre a través de la vía de la imitación–; así, la existencia de una voluntad de retorno en estas sociedades conservadoras implicaba una rebelión contra el tiempo concreto, negándose con ello la historia. Aún más, la idolatría y el politeísmo –tentativas «para alcanzar las divinas realidades sin el auxilio de la razón y por la sola virtud de la imaginación»<sup>3</sup> – no daban respuesta a ninguna de aquellas preguntas fundamentales que el hombre comienza a hacerse acerca de su dignidad y destino; por lo mismo, los anhelos de unidad espiritual –que se remontan hasta los tiempos míticos– resultaban insatisfactorios.

Ahora bien, con el advenimiento del Cristianismo asistimos a una profunda trastocación de valores individuales, sociales y religiosos, y, lo que es más importante, a un nuevo entendimiento del tiempo en la Historia Universal, ya que por su propia naturaleza el Cristianismo es «excepcionalmente dinámico y no estático, es una fuerza que irrumpe en la historia, y por consiguiente, se diferencia profundamente del mundo antiguo, que, dada su tendencia contemplativa, era profundamente estático»<sup>4</sup>. En efecto, desde la revelación la doctrina cristiana no ha cesado de preconizar que la Historia Universal<sup>5</sup> se extiende desde el comienzo hasta el fin de los tiempos y en la cual el decurso del tiempo ha de ser entendido como totalidad. Así el futuro pasa a cobrar una vital importancia, puesto que pasa a constituirse en el verdadero horizonte temporal, horizonte que «para un objetivo final es, sin embargo, un futuro escatalógico, y el futuro (que instrumenta todo instante presente) existe para nosotros por expectación y esperanza»<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> G. K. CHESTERTON, *El hombre eterno* (obras completas), José Janes Editor, Barcelona 1952, 1532.

<sup>4</sup> N. BERDIAEV, *El sentido de la historia*, Madrid 1979, 99.

<sup>5</sup> El hecho de que la Historia Universal sólo conozca pausas, pero no altos definitivos, explica que Europa –luego de la catástrofe espiritual que significó la caída del Imperio Romano– no perdiese su sentido de unidad. Europa, supo y pudo sobrevivir a aquella hora apocalíptica gracias a la Iglesia Cristiana, institución que reconcentró el universo, posibilitando que hacia el año 1000 –gracias a una activa labor misional– gran parte del territorio europeo se hubiese hecho cristiano.

<sup>6</sup> K. LOWITH, *El sentido de la historia*, Madrid 1968, 46.

En consecución con las nuevas concepciones cristianas al hombre se le abren vastos horizontes temporales, puesto que forma parte de un horizonte divino, produciéndose con ello una transformación de la actitud humana frente al transcurrir del tiempo. Así, la concepción griega de que el tiempo se mueve en círculo —«no podían los griegos vivir para el futuro, porque el futuro no era susceptible de ofrecerles ninguna novedad»<sup>7</sup>— es abandonada en desmedro de una concepción lineal y total, y en la cual el tiempo avanza irreversible e irremediabilmente.

El nuevo sentido histórico y escatológico de la doctrina cristiana posibilitó que cada momento del tiempo se remitiese a un tiempo final y total, y por ello decisivo, puesto que «el punto de vista cristiano de una interpretación histórica de la historia está fijado en el futuro con un objeto y meta definitivo»<sup>8</sup>; por lo mismo, los cristianos debieron de renunciar a buena parte de sus libertades de pensamiento y acción para poder gozar de una mayor unidad y seguridad espiritual, y así alcanzar la salvación eterna. Es por ello, que todo acontecimiento temporal posee un marcado acento de transitoriedad —el presente aparece como un período de espera y de decisión con respecto al futuro— ya que el hombre hace la historia y a cada momento pone en juego su destino, que no es otro que el de alcanzar el Reino de Dios. Por ello, «toda la historia viene a consistir en una tensión entre la posibilidad de redención ofrecida al hombre y el cumplimiento de esa posibilidad»<sup>9</sup>. Así, la causa última de la historia será la Providencia, que guía y dispone el curso de los acontecimientos con la finalidad de que sirvan de experiencia y preparen el advenimiento del Reino de Dios<sup>10</sup>. De ese modo, la historia —obra de la providencia divina— adquirió una meta y un sentido, como también un principio, un medio y un acabamiento.

<sup>7</sup> L. DUJOVNE, *La filosofía de la historia en la Antigüedad y en la Edad Media*, Buenos Aires 1958, 38.

<sup>8</sup> K. LOWITH, *o.c.*, 229.

<sup>9</sup> V. MASSUH, *Sentido y fin de la historia*, Madrid 1968, 16.

<sup>10</sup> Sobre el particular, véase San AGUSTÍN de Hipona, *La ciudad de Dios*, Biblioteca de Autores Cristianos. Tomo XVI, Madrid 1978; J. FRISQUE, *Oscar Cullmann: "La realeza de Cristo y la Iglesia"*, en *Una teología de la historia de la salvación*, segunda parte, cap II, Barcelona 1966, 131-162.

Del acápite anterior, se infiere que el hombre está capacitado para trascender el tiempo toda vez que participa en la historia; empero, además del papel que el hombre juega en la comunidad histórica, «tiene también que jugar su papel en otra historia, la historia espiritual, aquella según la cual se realiza el plan escogido por Dios para la salvación del mundo, la historia sagrada, la historia que avanza misteriosamente hasta el último día, en el que se encontrará al mismo tiempo su final y su culminación, según el doble sentido de la palabra fin»<sup>11</sup>. La posibilidad de que el hombre pueda trascender el tiempo, al hacer la historia, le permite avanzar hacia el futuro, en donde se cumplirán los tiempos, la plenitud de los tiempos. Por lo mismo, -y si aceptamos que el designio de la salvación se cumple a través y mediante el tiempo-, será la historia la que brinde al hombre la oportunidad de redimirse.

Por otra parte, el advenimiento del Cristianismo significó para buena parte del género humano la superposición de un tiempo sacro y ritual por sobre el tiempo civil. Surgió así una nueva categoría de tiempo, el tiempo ecuménico y litúrgico de gran trascendencia, puesto que vino a corresponder a una nueva forma de aculturación ritual, cuyas manifestaciones más importantes correspondieron a las horas canónicas y los ciclos semanales y anuales. Esta santificación de los minutos, que si bien es cierto se ha temperado en gran medida desde la Edad Media a nuestros días producto de la progresiva laicización del tiempo, reviste una capital importancia para la comunidad cristiana. La concelebración del año litúrgico, nos muestra que para los cristianos «el tiempo no es algo inerte y su curso no es un simple desarrollo cronológico sin objetivo. El tiempo es el ritmo interno de una historia que se desarrolla entre los dos polos de los dos adventus de Cristo, el que se cumplió en el tiempo de Palestina y el que se cumplirá con la “llegada” del “último día del mundo”». Es el tiempo donde “se viene de” para “ir hacia”. Es el tiempo de una fe que garantiza y hace hacer una esperanza que transforma el tiempo y todos los acontecimientos que en el

---

<sup>11</sup> H-I. MARROU, *Teología de la Historia*, Madrid 1978, 38.

se desarrollan, para convertirlos en una espera llena de sentido. Los momentos del interior del tiempo son, pues, las etapas de un itinerario por donde los cristianos «marchan delante del Señor, en un “éxodo” del Aion presente al Aion futuro»<sup>12</sup>. Para el Cristianismo, la coexistencia del tiempo indefinido de la historia y el tiempo cíclico del calendario (Venida y Aparición, Purificación, Preparación, Semana Santa, Pentecostés y Nueva Vida) se constituyen en los mecanismos que aseguran la presencia de la obra divina, puesto que «el tiempo cíclico (días, semanas, años), expresa los aspectos cósmicos de la obra y simboliza esos misterios adaptándolos a nuestras vidas terrestres que ritman, en lo físico y en lo psíquico, los movimientos del firmamento, las evoluciones de los “signos” de nuestros destinos»<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> P. GERMANO, “La concepción cristiana del tiempo” en: *Las culturas y el tiempo*, Salamanca 1979, 221-222.

<sup>13</sup> N. DENIS-BOULET, *El calendario cristiano*, Andorra 1961, 147.

